ALMUDENA GRANDES

TE LLAMARÉ VIERNES



MAXI
TUSQUETS EDITORES

ALMUDENA GRANDES

TE LLAMARÉ VIERNES

MAXI
TUSQUETS
EDITORES

Indice

Te llamaré Viernes 15

I
Iris 21

II
Viernes 157

III
Manuela 339

IV
Faltan tres días para terminar esta obra 355

Apenas despertó aquella mañana, la lengua seca, y firme contra el paladar, se asustó del sabor nauseabundo de su propio aliento. Acercó lentamente a su cara la palma de una mano y abrió la boca para dejar escapar una bocanada de aire caliente. El olor a podrido rebotó en su piel y ascendió obediente a través de su nariz, perfeccionando la calidad del asco repentino. Entonces recordó que la noche anterior se había acostado sin lavarse los dientes y se maldijo por su pereza. Meditó apenas una fracción de segundo. Huyó de la cama y atravesó el pasillo corriendo, desnudo aún, hasta el cuarto de baño. Allí abrió el tubo de pasta con ansiedad, impregnó el cepillo con una cantidad excesiva de aquella blanda pomada rosácea y se entregó a la limpieza de sus dientes con una decisión insólita. No levantó los ojos hacia el espejo hasta que adquirió la certeza de que su boca manaría espuma como las fauces de un perro rabioso.

Se enjuagó largo tiempo con agua tibia y sólo luego, de nuevo los ojos fijos en el espejo, sonrió. Aquella sonrisa ritual, una mueca incausada y gratuita, ridícula, no era más que un torpe recurso personal para propiciar otros improbables presagios favorables, una burda trampa tendida hacia sí mismo cada mañana, una estupidez más. Después, mientras seguía sonriendo, contemplando dos hileras de dientes blancos, sanos, bellos, alargó una de sus manos hacia el pecho y acarició el espolón que proyectaba sobre su piel la huella de un esternón deforme como un arma agresiva e hiriente, una de las carcajadas de su cuerpo, aquel hueso burlón y desmadrado que había crecido hacia fuera y no

hacia dentro. Tocó el familiar bulto con cuidado, recorriendo sus aristas con las yemas de los dedos, contemplando la imagen que le devolvía el espejo y pensando que todo aquello ya no tenía remedio, que nada podía hacer ya por su cara, ni por su pecho, por esas piernas que no veía, pero sabía tan huesudas y separadas como las patas de un pollo mojado, y por esa carne blanquecina, fofa, que comenzaba a acumularse en torno a su cintura, a descolgarse hacia abajo arrastrando en su vértigo un ombligo progresivamente hondo, para añadir una nueva vejación, la de los años, a un cuerpo condenado de antemano, desde antes de existir, a ser feo.

Pero los dientes no, se repetía, la boca no. El no podía permitirse el lujo de la halitosis matutina.

Alargaba el brazo izquierdo para coger una taza del estante superior del armario cuando le sacudió un violento acceso de tos, el tributo del que había creído poder escapar impune aquella mañana. Nunca dejaré de fumar, murmuró varias veces, imprimiendo a sus labios la monótona cadencia de una letanía, nunca dejaré de fumar, hasta que sintió que las paredes de sus pulmones se soldaban, cerrándose al aire, y ya no pudo escupir palabra alguna, sólo toser, expulsar los sólidos demonios de su pecho, un recinto insólitamente breve, tosiendo con la cabeza hundida entre los hombros, los ojos fijos en la grasa vieja que nivelaba como una pasta lisa y brillante el irregular perfil del suelo embaldosado, y los dos brazos tendidos hacia delante, sus manos empujando las frágiles puertas del armario de cocina como si pretendieran en realidad proyectarlo a través de la sucia pared alicatada.

Nunca dejaré de fumar, repitió nuevamente, jadeando todavía, apenas pudo mover los labios. Entonces elevó la vista, y advirtió por primera vez que sus brazos ya no eran paralelos. Desconcertado, contempló largo tiempo aquel desagradable fenómeno, su cuerpo aún abandonado hacia de-

lante, confiado su peso a las manos que parecían a punto de horadar la formica con sus inofensivas yemas. Los diez dedos, extendidos, dibujaban un diagrama familiar, de reconfortante simetría, pero más allá de la muñeca las líneas de sus brazos divergían.

Los apartó bruscamente del mueble y los extendió ante sí, concentrando todas sus fuerzas en la absurda tarea de estirar su brazo izquierdo, hasta que sus músculos comenzaron a temblar sin haber llegado a rectificar en nada el incomprensible vicio que curvaba el codo hacia dentro. Caminó unos pasos con los brazos extendidos y cerró los ojos, como un ciego sagaz en su vigilia de falso sonámbulo. Cuando levantó los párpados nuevamente, tuvo la certeza de que sus brazos ya no eran paralelos. Entonces, desplomándose contra la pared, los dejó caer a lo largo de su cuerpo y sintió su peso.

Permaneció así mucho tiempo, dejándose aniquilar plácidamente por el inesperado preludio de su propia decrepitud, negándose ya a encontrar cualquier explicación amable a lo que no era otra cosa que reúma, o artrosis, el simple cansancio de unos huesos que enfilaban la recta de la vejez, el único destino cierto.

Acababa de cumplir cuarenta y un años.

Se le quemaron las tostadas y pensó en Auri, que estaría todavía en la cama, feliz ante la perspectiva de echar raíces entre las sábanas mientras le imaginaba en Salamanca, batallando con alguna oscura contrata. Era muy mona, su mujer. Desde luego, vale mucho más que tú, le había susurrado al oído su padre cuando la conoció, dándole un par de palmadas en la espalda. Y había desarrollado una intuición de naturaleza casi sobrenatural con respecto al punto exacto del pan tostado, siempre perfecto. No la echaba de menos.

A ratos estaba seguro de que lo sabía todo, porque su impasibilidad, tan pura, no podía ser natural. Los funcio-

narios municipales, sobre todo los que, como él, pertenecían a una gran ciudad donde las empresas de servicios son más de las necesarias, no tienen por qué viajar. Ella debería saberlo, porque había trabajado en el Ayuntamiento, y sin embargo nunca había mostrado extrañeza ante sus ausencias, Barcelona, Valencia, Vigo, incluso Frankfurt una vez, al principio, una semana entera, cuando la nostalgia se hizo insoportable. Ahora lo llevaba mejor, y le bastaban uno, dos días en aquella casa sucia que comenzaba a oler a humedad, el rancio aroma del abandono. Luego, ella lo recibía con los brazos abiertos y él recordaba que le habían ascendido dos veces desde que estaban juntos, no tenía por qué saber, por qué sospechar nada. Tal vez eso fuera lo peor.

Se le quemaron las tostadas, ya no tenía los brazos paralelos, sus huesos estaban cansados, todo su cuerpo caminaba inexorablemente hacia la vejez en pos de su memoria, de su conciencia prematuramente envejecida y satisfecha de su rendición. En el curso de una breve vida, la sonrisa apenas consciente que afloró entonces a sus labios, tomó la taza de café con leche en una mano cansada y la sostuvo con cuidado mientras recorría el pasillo. El cuarto de estar no era más que un hueco oscuro, tibio y familiar como el regazo de una madre. Sorteando a ciegas los escasos muebles con la angustiosa agilidad de los hijos pródigos, se dirigió directamente al balcón para desnudar el cristal con decisión y beber despacio, su cuerpo encharcado de luz, preso de la débil huella de un sol lejano que ya no parecía capaz de calentarle por dentro. Su mirada atravesó la calle, la calzada empedrada, las viejas aceras de perfil curvo, piedra blanda, lamida por el tiempo, y se detuvo en la frágil muralla de paneles metálicos que reforzaba la improbable existencia de un recinto prodigioso, el milagro que tal vez ya no lo sería, el triunfo de la razón y del progreso. Allí, un huerto auténtico había envejecido a su paso, un día tras otro, y ahora moría antes que él.

Cuando descubrió los primeros síntomas de esta irreversible agonía llegó a considerarse vagamente culpable de lo

sucedido, atribuyendo a su deserción, a la prolongada ausencia de sus ojos, la ruina de esas tomateras que un año tras otro habían sobrevivido para él, machacando la lógica, el humo, y el periódico estallido de las litronas de cristal, con la tímida potencia de sus hojas verdes. No habrían pasado más de seis meses desde su boda. Era domingo, llovía. Hasta entonces había logrado resistir. El descubrimiento de la decoración, en cuyos torpes misterios decidiera iniciarse con la enfermiza disponibilidad de un fanático, le había resultado muy saludable, pero había aprovechado ya todas las esquinas, había llenado todos los armarios de cajoneras, había cubierto la terraza, había diseñado hasta en los más mínimos detalles la distribución del jardín, y hasta había instalado un sistema de calefacción alimentado con acumuladores solares, y era domingo, llovía, habían pasado seis meses desde el día de su boda, y el azar, que una vez fuera con él generoso hasta los límites de lo grotesco, le había abandonado para siempre, dejándole a solas con su nueva mujer y su casa nueva, espléndidamente decorada. Le dijo a Auri que se iba al fútbol, ella le miró con los ojos fuera de las órbitas, nunca había ido al fútbol antes, nunca iría después, sus escapadas futuras se convertirían en un hermoso trabajo de precisión, un riesgo inexistente pero siempre milimétricamente calculado, Barcelona, Vigo, Valencia, incluso Frankfurt, pero aquella tarde no tenía tiempo para pensar, no sabía exactamente lo que iba a hacer, así que cogió el coche, nuevo también, y deshizo el camino, regocijándose por su previa astucia, el repentino impulso que le había inducido a conservar su vieja casa de alquiler ocultándoselo a su socia en gananciales. Le costó mucho trabajo aparcar y llegó a arrepentirse de haber emprendido aquella absurda excursión, cuando vivía allí no tenía coche, no lo necesitaba. Antes de entrar en el portal, quiso mirar a su alrededor y no advirtió cambio alguno, aunque subir las escaleras le exigió un esfuerzo superior al que recordaba haber derrochado nunca. Encontró el piso en un estado bastante aceptable, lo había hecho limpiar a conciencia cuando se mar-

chó, y al margen del polvo acumulado sobre todas las superficies, las habitaciones casi vacías le fueron acogiendo una tras otra como una sucesión de gestos amables. En el cuarto de estar, una grácil patinadora rubia anunciaba una marca de chocolates de Valladolid desde una vieja chapa publicitaria de hojalata, sus esquinas de color cobre ya oxidadas, las letras de la zona inferior rotas y arañadas, ilegibles. La descolgó inmediatamente de la pared y la guardó en el fondo de un cajón, de donde extrajo a su vez un viejo rollo de papel, dos pendientes de bisutería barata y cuatro chinchetas. Mientras intentaba alisar con cuidado el vulgar cartel de propaganda de naranjas, sus ojos distinguieron una mancha clara tras los balcones, al otro lado de la calle. El huerto estaba allí, arrogante e imposible como siempre, pero encima del muro de ladrillo que lo escondía a los ojos de los peatones, alguien había fijado un cartel de metal amarillo presidido por el nombre de una empresa constructora. Debajo se podía leer un turbio mensaje, faltan 923 días para terminar esta obra.

En aquel momento se había sentido culpable de la previsible destrucción del prodigio, pero ahora, cuando la amargura de aquel descubrimiento se había diluido poco a poco en el transcurso del tiempo, casi tres años de vida igual, se había acostumbrado ya a que las cosas siguieran ese orden del que se suele decir que es el curso lógico de los acontecimientos. Mientras terminaba de beber su café, mantuvo los ojos fijos en el cartel que parecía proclamar el inminente final de las obras sólo para él, sólo cuatro días, menos de un centenar de horas, un plazo siempre demasiado corto, y hasta el recuerdo del huerto de las monjas empezaría a morir lentamente para extinguirse poco a poco y sin remedio.

Fue entonces cuando le asaltó por primera vez una idea descabellada.

I
Iris

Las chinelas, su piel tan fina surcada por una multitud de arrugas débiles y tenaces como nervios a la altura del empeine, eran siempre de color azul celeste, y culminaban en una suave barrera de pequeñas plumas teñidas a juego que se agitaban y retorcían sobre sí mismas a la menor corriente de aire, asemejándose en su blando temblor a los gelatinosos tentáculos sobre los que apenas llegan a moverse los monstruos ciegos, transparentes, de los abismos. Pero cuando era niño le gustaban. Muchas veces se tiraba al suelo para rodear con los brazos los tobillos de su madre y acercar la mejilla a sus pies. Entonces movía la cabeza lentamente y disfrutaba de la tenue caricia que dibujaba aquella pluma casi invisible cuando se decidía a resbalar sobre su piel. Sonreía, y recibía una sonrisa a cambio. Ella, cómplice en aquel juego inocente que su marido desaprobaba con energía, iba recogiendo luego las plumas que se desprendían a su paso y las guardaba para él, para compensarle quizá de la previsible extinción del pequeño placer que compartían, consciente ya de que en poco tiempo sólo quedaría el recuerdo de las plumas sobre una sucia franja desmochada, la degradada frontera entre su piel y esa piel tan fina y arrugada, teñida de azul celeste, hasta que el cambio de estación se encarnara en pretexto suficiente para estrenar otro par, siempre el mismo modelo. Entonces se sentaba en un sillón y embutía sus pies levemente hinchados en el que había resultado ser el único lujo a su alcance de entre todos aquellos con los que soñara de soltera, y, antes de haber llegado a dar siquiera un solo paso, le llamaba para ofrecerle una nueva fiesta de plumas y caricias.

Las chinelas de su madre, sus tobillos siempre al aire sobre los tacones que, según afirmaba con convicción, eran indispensables para parecer arreglada, atractiva incluso, hasta en los peores momentos de la jornada doméstica, le precedían por la estrecha escalera de la azotea, iluminando para él los aterradores tramos que jamás habría sido capaz de coronar solo. Luego, la llave giraba con dificultad en la cerradura, una herrumbrosa silueta sobre la chapa de metal pintada de verde, y él rezaba apresuradamente, rogando que ninguna otra vecina hubiera elegido ese mismo momento para tender la colada. Obtenía esa sencilla gracia con mucha frecuencia. El corazón le saltaba en el pecho mientras ella, un enorme barreño de plástico rebosante de ropa húmeda encajado en la cadera izquierda, luchaba contra la puerta atrancada hasta que el hueco de la escalera se llenaba de luz. Más allá, estaba el mundo.

Fiel a la remota mirada de aquel niño pequeño, él siempre querría recordar la azotea como un espacio enorme, una gran plaza rectangular, el patio del castillo, su reino. En torno a los postes metálicos que sostenían las cuerdas del tendedero comunal, un amplio corredor hacía las veces de camino de ronda. El lo recorría erguido, procurando trazar con sus pasos una línea rigurosamente recta, a la sombra del murete enjabelgado que partía la tierra —su casa— y el cielo. Su madre tendía la ropa y cantaba, contaba historias tristes con su delgada voz que se quebraba siempre en los agudos, repitiendo las mismas palabras en melodías parecidas, alcoba, corazón, penas, remordimientos, tu boca, me muero, niña morena. Cuando comenzaba a trajinar con las sábanas, concentrando toda su atención en evitar que uno solo de los blancos picos de tela llegara a rozar siquiera los polvorientos baldosines, él se acercaba sigilosamente a la frontera prohibida, y aferrando el muro con los dedos hasta que le dolían, se elevaba sobre las puntas de los pies para inspeccionar sus posesiones. A su altura estaban las nubes. A sus pies, Madrid, un océano de tejados rojos y marrones que llegaba hasta el mar, por allí, en alguna parte. El ocu-

paba el centro, hasta que los brazos de su madre, precedidos por un débil chillido de alarma, le rodeaban por la cintura, arrebatándole bruscamente de su atalaya. Los azotes no le dolían. Habría pagado precios más altos por una diversión tan gratuita, y era agradable de todas formas pisotear los charcos, caminar entre las inmaculadas paredes de tela mojada que se ondulaban con el viento para salpicar su rostro de pequeñas gotas de agua limpia, el cestillo de las pinzas sobre el brazo, en pos de unas chinelas de color azul celeste.

Hasta que una tarde la eterna sucesión de los acontecimientos se quebró de manera inexplicable. El ocupaba el centro, todavía. Parapetado tras el muro, seguro en su azotea, miraba el mundo con ojos confiados y escuchaba el canto de su madre cuando éste cesó sin previo aviso a la mitad de una estrofa. Contrajo los glúteos y esperó, pero no ocurrió nada, no hubo chillido, ni azote, no sintió sus brazos, y entonces tuvo miedo y la llamó. Ella contestó desde muy lejos con voz tranquila, como si nada hubiera pasado, pero él se volvió y no pudo verla. Las cuerdas rebosaban de sábanas blancas, era lunes. Recordó la instrucción mil veces impartida, si alguna vez te pierdes, no te muevas, quédate en el mismo sitio y yo te encontraré, y gritó de nuevo, y de nuevo recibió una respuesta cargada de indiferencia. Entonces retornó a su posición inicial, repitiendo para sí mismo que ella le encontraría cuando comprendiera que estaba perdido, perdido en su pequeño reino, y volvió los ojos al viejo país propio, pero las tejas ya no bailaron para él, y la luz del sol iluminó nítidamente los ángulos rojos y marrones, tajantes como cuchillos, que nunca recuperarían ya la blanda silueta amorfa de las olas, y los mapas se tornaron repentinamente transparentes para su mente, un minúsculo desierto fecundado por el miedo, y supo que Madrid no llegaba al mar, que nunca llegaría, porque Madrid era solamente ese diminuto punto negro que apenas destacaba en la uniforme masa pintada con los colores de agosto, ocre abrumadoramente lejos del azul, y sin-

tió que estaban solos, solos la ciudad y él, desdeñados por el mar en el centro de la tierra.

No pudo soportar por más tiempo la visión de la piedra traidora, las casas que se pararían en seco para dar paso a los campos sembrados, las calles estrechas y retorcidas que no llevarían nunca a ningún puerto, y se volvió bruscamente, dispuesto a desobedecer cualquier norma, y gritó otra vez, llamó a su madre con angustia, y en la respuesta distinguió su propio miedo, creyó adivinar que ella esperaba al otro lado del tendedero y se abalanzó contra las sábanas húmedas con esa única certeza como guía. La primera vez fue fácil, bastaron unas pocas zancadas descomunales para salvar una distancia todavía posible, razonable, el estrecho corredor que cruzó a la carrera sin rozar siquiera con la ropa, un jersey de lana verde, las paredes limpias y quietas, y miró a su derecha, luego a su izquierda, volvió a mirar en ambas direcciones, y entonces la escuchó, su madre le llamaba desde el otro extremo de la azotea, apoyada tal vez en el muro cuya protección jamás debería él haber rechazado, si alguna vez te pierdes no te muevas, yo te encontraré, propósito ridículo, meta imposible, porque apenas podía ya arrancar de sí mismo la angustia, las ganas de correr, la necesidad de ir hacia ella. Intentó chillar y no pudo. Levantó los brazos y los agitó en el aire aun conociendo de antemano el fracaso de aquel gesto preñado de inútil dramatismo, pobre mensaje destinado a estrellarse contra el blanco mudo y ciego, pero el ejercicio físico de la desesperación liberó su garganta, y cuando abrió los labios se sintió emitir un chillido impreciso, quiso gritar, estoy aquí, y apenas escuchó la breve desnudez de un gemido, el terror en la voz de un animal herido que se revuelve, casi silencio, y se precipitó de nuevo contra la ropa tendida, pero ya no encontró el camino y, perdido como estaba, se perdió nuevamente en un luminoso laberinto de fantasmas planos.

Bailó con ellos, luchó con ellos, los golpeó en vano, una y otra vez, sin hacer mella en su pesada coraza de agua, atisbando apenas un instante, de vez en cuando, la silueta

familiar, allá lejos, el cuerpo de su madre vagamente insinuado tras las murallas de tela, y apartaba las sábanas con las manos para ir hacia ella mientras escuchaba la monótona cantinela de su propio nombre, constantemente repetido desde distintos lugares, y peleó en solitario contra el blanco para ser vencido, víctima al fin de su propio cansancio y de la astucia de unos brazos invisibles que le impulsaron a girar sobre sí mismo hasta envolver su cuerpo en una húmeda mortaja que olía a detergente, como las camisas que les ponen a los locos. Entonces cayó al suelo y se quedó quieto. Sólo entonces empezó a llorar. Todo lo demás ocurrió muy deprisa, aquel ruido pequeño que se sucedía rítmicamente sin que él llegara a identificarlo, y la luz, que crecía misteriosamente a su alrededor. Cuando vio por fin a su madre, carne y hueso ante las cuerdas vacías, chinelas azules sobre un suelo alfombrado de sábanas mojadas y pinzas de madera, pensó que nada hubiera sido más fácil que tirar él mismo del extremo de la ropa para desprenderla, y, aún mejor, no haberse movido nunca del sitio, haberse quedado quieto y anunciar que estaba perdido. Y mientras unas manos nerviosas deshacían el testimonio último de la primera victoria del blanco, despojándole después del empapado jersey de lana verde, intuyó que nunca llegaría a comprender las razones de su actitud, tan absurda.

—Ya pasó, rey, ya pasó...

Su madre, acurrucada en el suelo, se esforzaba por estirar los brazos hasta el mismo borde de su límite físico, como si pretendiera cobijarlo entero entre ellos, contra su cuerpo, mientras le besaba suavemente en la cabeza. El apreció el calor y la seguridad de aquel abrazo, pero adivinó también que nunca más se atrevería a subir a la azotea.

—No ha sido nada, ¿verdad?, sólo un susto...

Ella se balanceaba suavemente adelante y atrás, meciéndole contra sí. El la acompañaba en cada vaivén, colaborando en la farsa del bebé que ya no existía, hasta que ambos recobraron el sosiego.

—¿Me vas a ayudar a arreglar todo esto?

Asintió con firmeza, pero mientras recogía las pinzas desperdigadas por el suelo, se dio cuenta de que le costaba trabajo sonreír.

La ciudad y el blanco ya habían hecho presa en él.

Se resistió durante muchos años a conocer el mar traidor, como si se complaciera en atribuirse a sí mismo el impreciso poder de castigarlo, de pagar su desprecio con desprecio, pero no pudo resistir la tentación de bajar, él también de un salto, del atestado autobús donde una legión de adolescentes de secano había festejado durante horas el previsible final de su bachillerato de letras, un viaje interminable hacia la costa. Se lo reprochó a sí mismo, mientras sus pies se iban hundiendo en una tierra a cada paso menos tierra y más arena, mientras un olor nuevo conquistaba su nariz y un aire distinto, dulzón y pegajoso, se empeñaba en fundir sus ropas con la piel, hasta que desde la chata cima de una duna cualquiera, ninguna señal previa, ningún aviso de lo que le esperaba al coronarla, el azul entró en sus ojos.

Tuvo el privilegio de conocer el mar en invierno. No es para tanto, se mintió en voz baja, sin saber todavía qué pensar, si felicitarse o compadecerse de sí mismo ante la ausencia de toldos de colores, heladeros vociferantes, niños con pelota, radios a todo volumen, cuerpos ajados, descuidados, blandos, más desagradables aún bajo la untuosa película de grasa cosmética, animales viejos que se asan lentamente al sol. No es para tanto, repitió, rendido ya a su buena suerte, y se sentó allí mismo, sobre la arena apelmazada, hilvanada apenas con unas pocas matas desnudas de hojas y de flores, en la cima de la duna, tan lejos aún, y miró el mar, que nunca llegó a Madrid, nunca llegaría. Se propuso adoptar una actitud acorde con la emoción tibia y serena, como vivida en un sueño, que se había apoderado de sus ojos en un día tan frío, e intentó reflexionar, meditar, pensar en algo nuevo y grande, pero se aburrió enseguida porque solamente tenía dieciséis años. En la playa,

los demás jugaban al fútbol. Se dejó caer sin llegar a levantarse, resbalando sobre la suave ladera de la duna, y luego corrió para reunirse con ellos.

Ya entonces recelaba del ejercicio físico, que le cansaba mucho antes y más intensamente que a la mayoría de los chicos de su edad, pero sus reflejos eran rápidos, casi infalibles, y resultaba un buen portero. Bastó su llegada, pues, para que un compañero le cediera su puesto entre una roca y el agua, la elástica distancia de su portería de aquella mañana. Las plantas de sus pies se hundían ligeramente en la superficie de la arena húmeda, resquebrajando la capa superior, tostada por el sol como la cobertura de un bizcocho recién salido del horno que al romperse produjera un ruido delicioso, mate y crujiente. Hacía sol, y las gaviotas se perfilaban contra un cielo claro, limpio, descendían un instante para posarse en el suelo y se elevaban de nuevo, huyendo despavoridas del balón de cuero que se atrevía a surcar de tanto en tanto su territorio. El se sentía muy bien, sujeto de un raro bienestar que parecía capaz de convertir en un valor universal la repentina conformidad que sentía hacia sí mismo, hacia su cuerpo y su entorno, y que se proyectaba en el juego. Pero, cuando los delanteros del equipo contrario empezaban a enfurecerse ante su imbatibilidad, cometió el error de mirar a la izquierda y ver que la superficie de la roca que le servía de poste estaba alfombrada de picos agudos, como una imposible cordillera de rocas aserradas sin descanso, armas negras, lisas y brillantes, y la pelota le rozó un pie sin que él llegara a advertirlo siquiera, mientras sus pupilas se vaciaban en la sorprendente hostilidad de las familiares conchas.

Recuperó entonces, en un asalto imprevisto y brutal, una sensación antigua que nunca hasta entonces había asociado con el agua, sino con la tierra, con el mundo ocre en el que vivía preso, la cárcel rojiza que se extendía en todas las direcciones desde la azotea, y la roja fortaleza de casas de adobe rojo a la que le trasladaban todos los veranos, el pueblo de su padre, edificios apiñados encima de un cerro y

campo, una sucesión infinita, trigales verdes, luego dorados, castaños, secos, algunas amapolas en primavera, y la chopera abajo, junto al río, la grandiosa inmensidad que le encogería el corazón de adulto, pero que disfrazaba de árida monotonía un paisaje demasiado aburrido para los ojos de un niño. Entonces le gustaban los sembrados de girasoles, aquellas parcelas como jardines de grandes flores amarillas que se divisaban a lo lejos desde las ventanas del granero, los alféizares forrados con una delgada hoja de aluminio que inundaba de cáscaras siempre que tenía pipas, porque era más divertido comer desde allí las semillas secas y saladas que, según decían, habían nacido en aquellas flores que él nunca había visto de cerca. Entonces le gustaban los girasoles, pero una mañana, cuando regresaba con su padre de la panadería, una vecina muy simpática le llamó desde la ventana y salió a la calle con una flor ya seca que le tendió con una sonrisa, toma, Benito, para ti la torta entera, y cómete las pipas a mi salud. El agradeció sinceramente el regalo, e incluso se puso de puntillas para depositar un beso en la cara de su inesperada beneficiaria, pero cuando se separó de ella y echó a andar detrás de su padre, que se había adelantado unos pasos, miró el girasol y no vio otra cosa en su interior que una repugnante formación circular de amenazadores cuchillos afilados. Soltó inmediatamente la flor y se inclinó sobre sí mismo, el cuerpo desmadejado y blando doblándose sin control bajo la potencia de la náusea, el asco que parecía anular completamente la solidez de sus huesos para reemplazarlos con un montón de lana sucia, como el que rellena las tripas de las marionetas, y convertirle así en un muñeco que sólo cobró vida al vomitar el desayuno en plena calle y recibir después, cuando era ya de nuevo a medias humano, dos bofetadas paternas que le devolverían feliz y bruscamente a la realidad, y al sol de una mañana de verano.

Un día llegaría a controlar esa sensación, a dominar todos sus músculos mientras sentía el asco creciendo en su garganta como un vómito mal triturado, un puré espeso y

templado que tras haber rellenado metódicamente cada uno de sus conductos internos, tras haberse instalado sin resistencia entre las paredes de cada una de sus vísceras, rebosantes ya de su viscosa presencia desde el agotado intestino hasta el esófago, amenazara con quebrar de un momento a otro el frágil sello de sus dientes, de sus labios, para manar eternamente de su boca, señor ya de todo su cuerpo, él mismo solamente un puro asco, pero aprendió a controlarse, a mantenerse firme, a aguantar la naúsea, los ojos clavados en las puntiagudas semillas de la flor odiosa, sus cantos afilados como cuchillos, siempre cuchillos, hasta en el corazón de aquella amable planta que daba de comer a tanta gente, girasoles amarillos y verdes, flores monstruosas, descomunales, alegres corolas de pétalos blandos que engañaban a los otros, agujas que se clavaban en sus encías a veces, dolor vegetal, como un preludio cifrado, un velo transparente que desvelara en parte, sólo para algunos, para él, la clave del asco secreto, aprendió a mantenerse firme, aguantando la naúsea, sin llegar a preguntarse, nunca lo haría, por qué los campos de girasoles eran el principio del verano y su final, por qué corría hacia ellos apenas podía para dejarse estrujar en su interior por esa papilla a medias de grandes trozos de comida mal digerida, llegó a acostumbrarse a los girasoles, pero no a sospechar que una amenaza semejante pudiera existir fuera de su propio mundo.

Por eso, aquella mañana de invierno, en una playa desconocida, no pudo soportar la visión de los mejillones vivos aún, tiesos y apiñados como un disciplinado ejército, y abandonó su puesto sin avisar para ir a vomitar el desayuno lejos de la orilla, al pie de una duna, comportándose otra vez igual que un niño asustado.

—Si es que no deberíais fumar, si os lo tengo dicho... Ya sabía yo que acabaría pasando algo así, tantas horas en la carretera, con la peste del humazo ése que echáis, tenía que pasar algo así... ¡Hala, todos al autocar! Se ha acabado la playa por hoy...

La imprevista elocuencia de aquel profesor, un indivi-

duo por lo general sombrío, taciturno, adquirió en sus oídos un eco diferente, el cálido repiqueteo de la campana que pone fin a un combate, pero de nuevo en su asiento, los ojos cerrados junto a la ventana abierta, sintiendo la presión del aire sobre los pómulos, sobre los párpados, contra todas las cavidades de su rostro, volvió a pensar en cuchillos, y supo que solamente había perdido otro asalto. Aceptó entonces el ingreso de los mejillones de roca en la nómina de la naúsea, y pensó que no dejaba de resultar divertido haber desenmascarado al último enemigo justamente aquel día, en aquel lugar, al borde del mar cuya ausencia había desencadenado el primer espejismo, el primer terror, la ciudad y el blanco que fueron antes que los filos ocultos, enemigos acechantes tras la imperceptible cortina transparente de lo cotidiano, inofensivos, amables incluso de uno en uno, triturar con los dientes el cuerpo aceitoso de una pipa de girasol, engullir sobre una barra el bocado de carne naranja apenas visible bajo la vinagreta multicolor, y extrañarse de su mansedumbre, inconcebible en la multitud de cuchillos que le miraban entre los largos pétalos amarillos, desde una piedra húmeda de agudos contornos.

Durante su adolescencia pensaría con mucha frecuencia en aquel fenómeno, su estrambótica fobia individual, e indagaría sin resultados entre sus conocidos. Más tarde, resignado a bregar en solitario con ella, llegó a asimilarla junto con todas esas otras cosas, abrir los ojos al despertarse, cerrarlos para dormirse, que de puro sabidas se ignoran.